

bien; basta ofrecérselos expurgados y limpios de todas aquellas cuestiones que, siendo interesantes en realidad, importan sólo al menor número. De igual modo deseará saborear, no aquellos cuyo valor es inapreciable en todos conceptos menos en el literario, sino los que reúnen superiores bellezas dentro del tipo general y genuino del romance castellano. Partiendo de este supuesto también, incluimos aquí los más selectos, á nuestro juicio. En esta elección estarán todos los errores que hayamos podido cometer. No es fácil entresacar de algunos miles los que fundada é infaliblemente puedan llamarse mejores. Los gustos serán tantos como las personas que lean y así sabemos de antemano que nadie dará en absoluto por buena la colección. Quién echará de menos el romance que aprendió de coro siendo niño y declara precioso de entonces; quién los que cabalmente por harto vulgarizados y comunes se retiraron; estos, algunos primitivos; otros, algunas imitaciones más artísticas. Á todos les sobraré la razón; pero digámosles, ya que no en descargo nuestro, para prevenir toda clase de objeciones, que mientras cada lector juzgará desde un solo punto de vista, nosotros hemos debido pasar inquietos de uno á otro, atendiendo unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración, otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Con esto y con adoptar la clasificación más obvia y menos presuntuosa, establecida por D. Agustín Durán, el eminente literato á quien se debe la colección más completa y el mayor caudal de doctrina acerca de nuestro *Romancero*, creemos haber realizado nuestro propósito: ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, no acopio de documentos para el estudio.

J. Y.

ROMANCES MORISCOS



I

Bobalías el Pagano

(Anónimo)

Por las sierras de Moncayo
ví venir un renegado:
Bobalías há por nombre,
Bobalías el Pagano.
Siete veces fuera moro,
y otras tantas mal cristiano;
y al cabo de las ocho
engañólo su pecado,
que dejó la fe de Cristo,
la de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
que de allende había pasado:
cartas le fueron venidas
que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras,
gente de á pié y de á caballo:
por Guadalquivir arriba
su pendón llevan alzado.

En el campo de Tablada
su real habían sentado,
con trescientas de las tiendas
de seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
está la del Renegado;
encima en el chapitel
estaba un rubí preciado:
tanto relumbra de noche
como el sol en día claro.

II

La morilla burlada

(Anónimo)

Yo m'era mora Moraina,
morilla de un bel catar;
cristiano vino á mi puerta,
cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
como aquel que bien la sabe:—
—Abrasme las puertas, mora,
si Alá te guarde de mal.—
—¿Cómo t'abriré, mezquina,
que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejó muerto;
tras mí venía el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
aquí me verás matar.

—Cuando esto oí, cuitada,
comencéme á levantar,
vistiérame una almejía
no hallando mi brial,
fuérame para la puerta
y abríla de par en par.

III

La infanta mora y Alfonso Ramos

(Anónimo)

Estaba la linda Infanta
á la sombra de una oliva,
peine de oro en las sus manos,
los sus cabellos bien cría.
Alzó sus ojos al cielo
en contra do el sol salía:
vió venir un fuste armado
por Guadalquivir arriba.
Dentro venía Alfonso Ramos,
almirante de Castilla.
—Bien vengáis, Alfonso Ramos,
buena sea tu venida:
¿y qué nuevas me traedes
de mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
si me aseguras la vida.
—Dieselas, Alfonso Ramos,
que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
los moros de Berbería.

—Si no me fuese por qué
la cabeza te cortaría.

—Si la mía me cortases,
la tuya te costaría.

IV

✱ Moriana y Galván—I

(Anónimo)

Moriana en un castillo
juega con el moro Galvane;
juegan los dos á las tablas
por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde
bien perdía una cibdade;
cuando Moriana pierde
la mano le da á besare.
Del placer qu'el moro toma
adormescido se cae.
Por aquellos altos montes
caballero vió asomare:
llorando viene y gimiendo,
las uñas corriendo sangre
de amores de Moriana
hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
la mañana de Sant Juane,
cogiendo rosas y flores
en la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
conociérale en mirarle:

lágrimas de los sus ojos
en la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
y empezara de fablare:
—¿ Qu'es esto, la mi señora?
¿ Quién vos ha fecho pesare?
Si os enojaron mis moros
luégo los faré matare,
ó si las vuestas doncellas,
farélas bien castigare;
y si pesar los cristianos,
yo los iré conquistare.
Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi cama, las duras peñas,
mi dormir, siempre velare.
—Non me enojaron los moros,
ni los mandedes matare,
ni menos las mis doncellas
por mí reciban pesare;
ni tampoco á los cristianos
vos cumple de conquistare;
pero d'este sentimiento
quiero vos decir verdade:
que por los montes aquellos
caballero ví asomare,
el cual pienso qu'es mi esposo,
mi querido, mi amor grande.—
Alzó la su mano el moro,
un bofetón la fué á dare;
teniendo los dientes blancos
de sangre vuelto los hae,
y mandó que sus porteros
la lleven á degollare,
allí do viera á su esposo,
en aquel mismo lugare.

Al tiempo de la su muerte
 estas voces fué á fablare:
 —Yo muero como cristiana,
 y también sin confesare
 mi amores verdaderos
 de mi esposo naturale.

V

+ Moriana y Galván—II

(Anónimo)

Rodillada está Moriana,
 que la quieren degollare,
 de sus ojos envendados
 non cesando de llorare;
 atada de piés y manos,
 que era lástima mirare;
 los cabellos de oro puro
 que al suelo quieren llegare,
 y los pechos descubiertos,
 más blancos que non cristale.
 De ver el verdugo moro
 en ella tanta beldade,
 de su amor estando preso
 sin poderlo más celare,
 hablóle en algarabía
 como á aquella que la sabe:
 —Perdonédesme, Moriana,
 querásdesme perdonare,
 que mandado soy, Señora,

por el rey moro Galvane.
 ¡Ojalá viese mi alma
 cómo vos poder librare!
 Para libertar dos vidas
 que aquí las veo penare.—
 Moriana dijo:—Moro,
 lo que te quiero rogare
 es que cumplas con tu oficio
 sin un punto más tardare.—
 Estando los dos en esto
 el esposo fué á asomare
 matando y firiendo moros,
 que nadie le osa esperare.
 Caballero en su caballo
 junto d'ella fué á llegare.
 El verdugo la desata,
 y le ayuda á cabalgare:
 los tres van de compañía
 sin ningún contrario hallare;
 en el castillo de Breña
 se fueron á aposentare.

VI

Azarque el granadino—I

(Anónimo)

Ensillenme el potro rucio
 del alcaide de los Vélez,
 dénme la adarga de Fez
 y la jacerina fuerte,

una lanza con dos hierros
 entrambos de agudo temple:
 y aquel acerado casco
 con el morado bonete,
 que tiene plumas pajizas
 entre blancos martinets,
 y garzotas medio pardas,
 antes que me vista dénme.
 Pondréme la toca azul
 que me dió para ponerme
 Adalifa la de Baza,
 hija de Celín Amete,
 y aquella medalla en cuadro,
 que dos ramos la guarnecen,
 con las hojas de esmeraldas,
 por ser los ramos laureles;
 un Adonis que va á caza
 de jabalhes monteses
 dejando su diosa amada,
 y dice la letra: *Muere*.
 Esto dijo el moro Azarque
 antes que á la guerra fuése,
 á aquel discreto animoso,
 á aquel galán y valiente
 almorlife el de Baza,
 de Zulema descendiente,
 caballeros que en Granada
 paseaban con los reyes.
 Trajéronle la medalla,
 y suspirando mil veces
 del bello Adonis miraba
 la gentileza y la suerte:
 —Adalifa de mi alma,
 no te aflijas ni lo pienses:
 viviré para gozarte;
 gozosa vendrás á verme.

Breve será mi jornada;
 tu firmeza no sea breve:
 procura, aunque eres mujer,
 ser de todas diferente.
 No te parezcas á Venus,
 aunque en beldad te pareces,
 en olvidar á su amante
 y en no respetarle ausente.
 Cuando sola te imagines,
 mi retrato te consuele,
 sin admitir compañía
 que me ultraje y te desvele:
 Que entre tristeza y dolor
 suele amor entretenerse,
 haciendo de alegres tristes,
 como de tristes alegres.
 Mira, amiga, mi retrato
 que abiertos los ojos tiene,
 y que es pintura encantada
 que habla, que vive, y que siente:
 Acuérdate de mis ojos,
 que muchas lágrimas vierten,
 ¡y á fe que lágrimas tuyas
 pocas moras las merecen!—
 En esto llegó Galvano
 á decirle que se apreste,
 que daban prisa en la mar
 que se embarcase la gente.
 Á vencer se parte el moro,
 pues que gustos no le vencen;
 honra y esfuerzo le animan,
 cumplirá lo que promete.